

## Textos exposiciones

**el secreto del acontecimiento**, (E. Metinides, Casa de América, del 2 de junio al 7 de julio), *Ubicarte*, julio de 2004

"Conocido por su imágenes de sucesos atroces, Enrique Metinides (México D.F., 1934), el Niño, ha plasmado la cara más escabrosa de la ciudad de México". Alimentando la curiosidad morbosa de miles de lectores desde finales de los años 40 hasta 1993, en publicaciones populares mejicanas y en especial La Prensa, periódico sensacionalista donde publica Nota Roja, Metinides realiza aproximaciones a la muerte en cinco décadas de la vida de la capital.

Esto es lo que nos cuenta el manual de instrucciones, junto con la constante comparación con un fotógrafo neoyorquino por el que no acabamos de interesarnos ahora. Una vez más, sin embargo, la percepción puede ser otra. Para empezar, nos parece discutible que el único tema sean esos "momentos dramáticos que han interrumpido la vida de aquella capital". Por el contrario, en estas grandes urbes del insomnio (y hoy más que ayer) la nueva continuidad moderna parece estar tejida por esa sucesión de estados de excepción que son los eventos atroces. ¿Por qué? Porque el periodismo, prolongando la religión decimonónica de la historia, siente una instintiva aversión hacia el tiempo muerto, hacia la pulsación de una vida secreta, sin cobertura (donde sigilosamente se incuban los grandes acontecimientos). De hecho, el sistema del periodismo vive de realizar sistemáticamente una inversión perversa entre la costumbre y la excepción. Para fortalecer el prestigio de la normalización, el impacto de la noticia nos hace gradualmente imperceptibles los sucesos claves de la existencia no espectacular. Así hasta que un Bourdieu pueda decir: "La vida cotidiana en un barrio cualquiera no interesa a nadie, y menos que a nadie, a los periodistas".

¿El drama de la existencia humana está en una imaginería del desastre y la destrucción? Esto es muy americano, este archivo del desastre que por lo visto el viejo Metinides continúa, con el vídeo y conectado a la red. Pero no tiene por qué interesarnos demasiado. Y menos cuando ahí hay tanta competencia: el ángulo nunca visto, el más difícil todavía.

De acuerdo en que el fotógrafo realiza un impecable encuadre y composición de momentos dramáticos, como a quemarropa. Pero lo llamativo es ver cómo la gente se aprieta por salir en el encuadre: serios, graves, pero sin perderse esa oportunidad (¡exactamente igual que el fotógrafo!). Los seres anónimos de la capital buscan una oportunidad de ser localizados y reconocidos: de sentirse alguien, aunque sea al lado de un cadáver. ¿No es un escándalo que la humanidad aproveche cualquier ocasión para hacer comunidad, para hablar y conocer a otra gente, para participar de un relato? Pues bien, esta escandalosa comunidad en torno a la muerte también es patente, o al menos latente, en el trabajo de Metinides.

Y después otra cosa. Esos maravillosos momentos de reposo que el estupor del accidente

facilita, como la resaca de una extraordinaria lentitud que precediese al acontecimiento, que le sucediese. Entonces entrevemos la belleza de una humanidad desencajada, atormentada en un entorno que ha perdido la bendición de su rutina. Hay que reconocer que este desastre, no menor que el otro, lo logra Metinides (como Frank o Colom) robando poéticamente ángulos muertos de rostros y esquinas cualquiera. Naturalmente, el folleto no dice nada acerca de este desastre del tiempo detenido, capturado en un "entre" indefinido, entre seguridad y seguridad. Para mejor informarnos, tampoco se dice nada del dolor secreto, silencioso, que se adivina en los márgenes del encuadre. La carta del joven suicida que amaba a su padre, el niño que por fin no se aburre al pie de la vía, el rostro de piedad del policía al tapar el cadáver, la espalda firme de la madre llevando a cuestas el ataúd con su hijita de dos años dentro.

Y el misterio en los ojos de los muertos, en esas miradas borrosas. ¿Qué es la muerte, qué es el dolor? Esta pregunta también late en la magnífica exposición de Metinides. Pero no se descuiden, pues nada de esto debe regresar. La información es así, un sistema de seguridad social que debe ocultarnos incluso los pocos demonios que se cuelen a través de la rejilla informativa.

**Madrid, 30 de junio de 2004.**